

Vincas Richardson

WODY



minotauro LABERINTO

Vincas Richardson

WODY

minotauro LABERINTO

Wody

© Vincas Richardson, 2022

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1237-6
Depósito legal: B. 11.993-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

1



a luz de la mañana rebotaba en el mastodóntico espejo que era la fachada del hospital y se abalanzaba, cercenando el aire, sobre el asiento del copiloto de una camioneta aparcada en la zona de «carga y descarga». Aquel rayo inquieto destellaba en la retina de Robert Svenson, que caminaba dubitativo hacia el vehículo. Tras vacilar unos instantes, Robert se aproximó a la camioneta, improvisando una visera con su mano izquierda. En cuanto su cuerpo se interpuso al rayo de luz, pudo reconocer a la conductora, que esperaba con luces intermitentes puestas mientras revisaba absorta su móvil.

Él golpeteó el cristal.

La conductora se sobresaltó primero y luego sonrió abiertamente al verlo. Se bajó de la camioneta, la rodeó por el capó y cuando llegó hasta él, lo abrazó unos segundos con firmeza y cariño.

—Hola, Amanda —dijo Robert.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella. Rompió el abrazo, pero enseguida le sujetó los brazos.

Él giró la cabeza levemente hacia el hospital, lo que hizo que Amanda, acto reflejo, imitara el movimiento. Sus miradas volvieron a encontrarse enseguida.

—Bien... con ganas de salir pitando de aquí —respondió Robert, con una sonrisa vacilante. Ella lo soltó enseguida.

—¡Claro! Vámonos pitando, no sea que se arrepientan. Dame tu bolsa.

Mientras él estiraba el brazo, Amanda le arrebató la bolsa de plástico que contenía los pocos enseres —que él sabía que eran de Pete, su exmarido— que ella le había llevado un día al psiquiátrico. Amanda le abrió la puerta del copiloto para dejarlo pasar. Él subió y se colocó el cinturón de seguridad y ella hizo lo propio después de dejar la bolsa en el maletero.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —preguntó ella.

Él observó por encima del hombro de Amanda, ahora a través del cristal del conductor. El parque que nacía del otro lado de la calle, el mismo que él observó horas y horas mientras permanecía ingresado en la tercera planta, relucía de un verde intenso y brillante. Los días más cálidos habían pasado y el parque lo agradecía. Antes de hablar, Robert la miró de nuevo a los ojos.

—Muchas gracias por venir a buscarme —dijo sin responder a la pregunta.

Ella se encogió de hombros.

—No es nada, hermanito. ¿Nos vamos a casa?

—Querrás decir a tu casa..., pero sí. Me encantaría.

Amanda apretó un botón y el vehículo se encendió. Entonces, él tuvo aquella sensación. La misma que lo atormentaba todos los días, y sobre todo las noches, en el hospital. Y también durante las semanas anteriores, las atroces semanas del tormento. Era la extraña percepción de que hay sombras y criaturas invisibles detrás de ti que te persiguen, que te dan caza, que están a punto de alcanzarte, y que incluso sientes que exhalan un aliento gélido y húmedo en la nuca. La extraña percepción de que solo un palmo o dos te separan del abismo.

El coche se puso en marcha y esa sensación se mantuvo, pero poco a poco fue quedándose rezagada hasta que por fin se desprendió por completo en algún lugar de la calzada.

Villa Svenson se erguía al final de un camino de tierra que se bifurcaba de una carretera secundaria que, a su vez, se desprendía de la carretera US 101, a dos horas y media de Seattle, la ciudad más cercana. Era una casa grande, aunque nunca había tenido pretensiones señoriales; la edificación mantenía intacto un hálito rural que siempre la había caracterizado. Robert la vio emerger al despejarse la vía repleta de coníferas y tupida maleza. Tenía una fachada principal revestida por decenas de láminas de madera horizontales, unas sobre otras, de un tono blancuzco. Una puerta principal con un pequeño techo a dos aguas y enmarcado por dos columnas cuadriláteras empotradas a la casa. Una hilera de cuatro ventanas de cuadrículas en la planta baja, cuatro más en la primera planta y, ya sobre el tejado marrón, tres buhardillas a dos aguas. A ambos lados de la fachada principal había sendas galerías que ocupaban solo la planta baja, que lucían un color blanco puro y que estaban invadidas en todas sus caras por enormes ventanales. Una de aquellas galerías era original. La otra, era una ampliación; la había mandado hacer el padre de Robert y Amanda, Stanley Svenson, para trasladar allí la mesa de comedor y dar al salón principal más luz. Finalmente, sobre el techo de las galerías había dos amplias terrazas, una que daba a la habitación de sus padres y otra que conectaba con la antigua habitación de Robert. Aquella era una casa que podría mimetizarse sin problema con el grueso de casas americanas, pero que sin embargo portaba algo dentro —o fuera— de sí que la hacía diferente. Si se lo preguntasen a Robert, él diría que no eran más que las vivencias, los recuerdos, la esencia del pasado. Si se lo preguntasen a Amanda, ella aseguraría que Villa Svenson estaba cimentada en un lugar de poder y que sus fundamentos conectaban con las corrientes numinosas de la tierra milenaria en la que se erguía.

—Aquí estamos... —dijo Amanda después de plantarse ante la casa con los brazos en jarra.

—Aquí estamos... —suspiró Robert.

Al abrir la puerta, una gran sombra salió como una exhalación hacia el exterior. Robert dio un respingo, pero se tranquilizó al percatarse de la larga cola negra que se sacudía incesante de un lado a otro. La perra negra de ojos avellana le olisqueó y lamió enérgicamente sus zapatos, y luego hizo un vano intento por encajar las dos patas delanteras en su cadera, pero Amanda la apartó con la rodilla y con un «¡Fuera, fuera!». La perra, trastabillando, bajó los escalones de la entrada de la casa, atravesó el jardín a toda velocidad y se perdió de vista detrás de unos setos apretados al girar más allá de la esquina de la fachada.

—¡Cuánta energía! —dijo Robert.

—Esa es Bastet.

—¿Bastet? —preguntó él. Pensó durante un momento—. ¿Ese no es el nombre de una gata?

—Sí... de la diosa gata de Egipto. Pero es que cuando era pequeña emitía un sonido que me recordaba a un gatito. Así que busqué en internet el nombre de algún gato célebre y...

—¿La tienes desde hace mucho?

—Un año. Desde que Pete se marchó...

—Ya...

Robert bajó un poco la cabeza. Por unos instantes se sintió culpable. Se preguntó qué era aquello tan importante que estaba haciendo el año anterior para no venir a ver a su hermana, que atravesaba una época tan difícil. Por mucho que buscó en su cabeza, no encontró nada salvo el vacío y la culpa, y una sensación extraña que no acababa de entender.

Cuando hubieron entrado, él se detuvo apenas a un palmo del umbral de la puerta. Miraba con ojos curiosos cada uno de los rincones de la estancia donde se encontraban.

—¿Qué ocurre?

—Han pasado muchos años desde la última vez que vine.

—Desde la muerte de mamá. Te presentaste una tarde para guardar en cajas todas tus cosas y meterlas en aquella furgoneta que alquilaste.

—Sí...

—Quizá era lo que necesitabas entonces. Pero no dejo de pensar que las cosas podrían haber sido de otra manera si nunca te hubieras marchado...

—Ya...

—Pero ya ha pasado mucho tiempo. Hay cosas que no han cambiado. Pero en general, verás que sí. Creo que ahora te vendrá bien pasar una temporada aquí. Sentir la tranquilidad, la naturaleza. No tienes de qué preocuparte.

—Recordaba el recibidor más amplio...

Amanda rio sonoramente.

—¿Más amplio? ¡Si tuviera una varita mágica, le quitaría varias decenas de metros cuadrados a la casa! Anda, vamos a hacerte un tour. Verás la diferencia.

Y es que en Villa Svenson sí había diferencias con respecto a la apariencia que tenía cuando sus padres vivían. La cocina, antes un cúmulo de muebles cincuenteros y destartados, había sido reformada. Ahora resaltaba en ella un mobiliario elegante de madera gris con encimeras de mármol y paredes forradas con baldosas romboides de algún tono de blanco. Al ver aquella cocina, Robert pensó en Janet Svenson. Su madre siempre había tenido un gusto terrible en cuanto a la decoración de los interiores de la casa, algo que a Amanda no le ocurría; su hermana era muy detallista y acertada con el diseño, la distribución y los colores; era un talento innato. Al final, su hermana se había hecho interiorista, y Robert concluyó que ella siempre lo había sido. La única diferencia es que ahora tenía un título.

Luego pasaron al salón principal. No parecía el mismo. Todo en él, los muebles, las paredes, los suelos, la chimenea incluso, habían sufrido una transformación prácticamente indescriptible. Antes, el salón de Villa Svenson era un recinto bastante convencional. Robert era capaz de visualizar las pa-

redes recubiertas con un tapiz pastoso de motivos otoñales, aquellos óleos costumbristas de trazos torpes e insulsos, el suelo de parqué desvencijado, la alfombra persa, el Baldwin de su padre, las butacas de rayas y el sofá decorado con geranios y, sobre todo, una mesita auxiliar de medialuna, y sus dos sillas a juego ubicadas en el extremo de la sala. Aquel era el espacio que usaba su madre para cotillear con su amiga Maggie, de Quinault, mientras bebían café y fumaban sin parar. Él la recordaba como una estancia acogedora, aunque un tanto oscura. Ahora, en cambio, todo era luz, espacio y lujo. Una sala de estar abierta de tonos blancos y grises que, sin embargo, y aunque este admitía la más que evidente evolución, transmitió a Robert una sensación de frialdad y lejanía. También se dio cuenta de que el piano había desaparecido, lo que acentuó un punto más su sensación de extrañeza.

Luego vino la galería que lindaba con el salón principal. Seguía siendo el comedor, pero, de nuevo, había sido transformado en un recinto moderno e irreconocible. Luego su hermana le enseñó los lavabos, la segunda galería, la salita de estar..., todo era diferente. Finalmente, el piano de su padre, aquel Baldwin del setenta y pico, descansaba esplendoroso como siempre en el centro de la segunda galería, mientras era bañado por la luz y el reflejo de las formas del jardín que se colaban por los enormes ventanales. A Robert le pareció encontrarse en una casa que no había pisado en su vida.

—Así que aquí está el piano. Pensé que lo habías vendido.

—No podía. De hecho, este piano es tuyo. Lo sabes.

—¡Ja! Ocuparía todo mi salón.

—Cuando te lo quieras llevar, ya sabes dónde está. Al reformar la casa, pensé que merecía un lugar más adecuado que el salón.

—A mí me gustaba allí. Pero reconozco que aquí luce más.

—Si quieres puedes tocarlo.

—Quizá más tarde.

Amanda y Robert volvieron sobre sus pasos y acabaron nuevamente en el recibidor. Ella comenzó a subir las escaleras

y desde el cuarto o el quinto escalón se giró para hablarle a su hermano.

—Ahora vamos a una parte que reconocerás un poco más.

Si abajo había sido como visitar una casa por primera vez o, más bien, como cuando recorres una estancia desconocida y tienes un extraño *déjà vu* en el que, por una fracción de segundo, recuerdas haber estado en un lugar ligeramente similar en un tiempo y un espacio ignorado..., arriba era como adentrarse en un nítido recuerdo de esos que marcan tu niñez: él corriendo descalzo por el pasillo y la moqueta que huele a limpio y Amanda pisándole los talones y tocando su espalda y gritando «¡te pillé!» entre risotadas y saliendo disparada de vuelta hacia la escalera. Y otro recuerdo: él enfermo en la cama y su madre trayéndole un plato caliente de caldo con pasta de letras y trozos de zanahoria y patata y patas de pollo enteras dentro; y él, que olía y saboreaba y sentía en su visión de la casa; era una mañana blanca y amarilla de noviembre. Y otro recuerdo: noche cerrada y él, que tenía que ir al baño; y lo iba posponiendo por miedo a atravesar aquel pasillo que por el día era tan inofensivo, pero que cuando lo invadía la penumbra se transformaba en una encrucijada de energías y figuras oscuras y astringentes que le helaban la sangre, que cuchicheaban tras el empapelado de las paredes, que se le colaban dentro por el pequeño remolino que tenía en la cabeza y bajaban por el cuero cabelludo y se aferraban un momento a su nuca y acababan alcanzando su espalda y su columna, invadiéndolo todo él y petrificando sus brazos, sus piernas; y él, que recorría aquel pasillo con la vejiga repleta, escapando por milímetros de las sombras, y entrecerrando la puerta del lavabo para que, mientras meaba, ningún espíritu lograra percibir la imagen o el sonido de un niño pequeño y aterrado en la posición más indefensa en la que puede encontrarse; y Robert acababa y salía como una centella de vuelta a la seguridad de las colchas y las almohadas. Y otro recuerdo más: Robert haciendo los deberes de la escuela, pero lo que realmente hace es escuchar a su padre que toca el piano abajo; es aquella sonata de Beethoven que su

padre llama «patética», pero que él piensa que no tiene nada de patética, porque es una pieza muy hermosa y extremadamente difícil; y su padre, tocándola abajo casi a la perfección, y la mitad de las ondas se quedan por el camino, pero llegan las suficientes para que Robert pueda distraerse de sus obligaciones y soñar despierto con que un día se hace pianista, como papá, y por fin nadie le obliga a hacer los estúpidos deberes y a asistir al colegio. Y aún hubo más recuerdos, pero eran muchos y todos se solaparon los unos con los otros y se vieron acallados cuando Amanda le dirigió la palabra.

—¿Y bien?

—Esto se parece más a lo que recuerdo de la casa.

—Ya lo creo. Aún me estoy recuperando económicamente de la reforma de abajo. Arriba, de momento, solo he cambiado el lavabo. También toqué un poco la habitación de papá y mamá, que ahora uso yo. El resto está tal y como era.

—¿Tu habitación aún tiene el hueco en la pared?

—¡Ja! Pues sí. Todavía lo tiene.

—Recuerdo cuando lo hiciste. Yo estaba en mi habitación y os escuché discutir a ti y a mamá. Estabais abajo... y luego subiste corriendo... y diste un portazo... y gritaste como un mono. Y después... ¡pum!

Amanda se rio, un tanto avergonzada.

—A veces mamá me sacaba de mis casillas...

—¿Por qué habíais discutido?

—Lo recuerdo como si fuera ayer. Fue porque no me había dejado ir a casa de Samantha Bartow. Había sacado malas notas y ella me había castigado...

—¿Y solo por eso abriste un boquete en la pared de un puñetazo?

—Es que Samantha y yo llevábamos varias semanas planeando una quedada con dos chicos de la escuela; Justin Blake y Tom Andreolli.

—¿No me digas que te gustaba Tom Andreolli? Aquel chico era un abusón. Mi amigo Kenny estaba totalmente traumatizado...

—¡No... por dios! Yo no aguantaba a Tom. Era un patán... A mí me gustaba Justin. También era un poco granuja, pero en el fondo era un chico muy dulce.

—Así que rompiste una pared por un tal Justin Blake.

—Rompí la pared por él... y me hice sangre.

—No me acuerdo mucho de él...

—No me extraña. Al año siguiente se fue del pueblo. Sus padres se mudaron a Nueva York.

Entretanto, ya se había abierto una puerta, una desgastada puerta marrón que lucía manchitas de papel blancas y desaparecía por toda su superficie; era lo que quedaba de las pegatinas que un pequeño Robert había enganchado para dar un poco de vida a aquella puerta vieja y fea, pegatinas de las que un adolescente se había avergonzado y había arrancado de cuajo, dejando sobre la madera solo el patético vestigio de su existencia y su funesto destino.

Aquella puerta se abrió con el mismo rechinar metálico y zafio de siempre.

Ante él se extendía el lugar que había sido su refugio, su ermita, su templo. La habitación era muy espaciosa. Ahora solo quedaban la cama, pegada a una de las dos ventanas, el escritorio oscuro y las estanterías y cajoneras blancas. La estancia olía, tal y como su madre solía decir, a guardado. En las paredes quedaban pocos indicios de las decenas de pósteres que las habían invadido durante años. Había uno de Madonna sobre un fondo rojo. Ella —quizá con veintipocos años— iba vestida de charra con un sombrero enorme colgando hacia atrás, los brazos cruzados sobre el pecho, una mirada penetrante y los labios más rojos que el fondo. A su lado, había un póster de la fachada de una tienda de alimentación que parecía llamarse Coca-Cola, a juzgar por el enorme letrero sobre su puerta, y en cuyas vidrieras rebozaban carteles con ofertas de todo tipo; en la entrada, un coche, quizá un Cadillac, con un joven repeinado que se apoyaba sobre su capó y que sujetaba con su mano una lata roja.

—No recordaba la pared tan vacía.

—Cuando viniste a por tus cosas la última vez ya estaba así. Mamá quitó los pósteres que consideraba más obscenos.

—¿Quitó a Bon Jovi y dejó a The Cure?

Amanda soltó una carcajada.

—No me preguntes a mí. Una vez vinieron a visitarnos los tíos, y se trajeron a sus hijas. Dos de ellas se quedaron a dormir en tu cuarto. Sucedió aquella vez.

—Ah... sus cuatro niñitas. Supongo que no quería perturbar su inocencia.

El cartel de The Cure, al que Robert se refería, rezaba *Boys don't cry* en letras negras y tenía una foto en blanco y negro en la que Robert Smith, con su guitarra y sus greñas, daba la espalda a la cámara. Por último, un póster muy deteriorado en el que se leía *The Empire strikes back* y se podía ver todo el variopinto elenco de la película. Leía, Han Solo, Luke, Yoda, unos cuantos AT-AT y sobre todos ellos, un Darth Vader amenazante. En las estanterías aún quedaban cosas, pero no muchas. Como si fuese a juego con el póster de la tienda y el de Madonna, había no pocas latas de Coca-Cola; en algunas ponía Coca-Cola, en otras simplemente Coke y en las que menos, Cherry Coke. También había algunos libros; los más reconocibles eran una colección de diccionarios bilingües que su padre le había regalado antes del inicio de octavo curso, en el que daría español y alemán. Stan Svenson había encontrado una oferta en Walmart que incluía cinco diccionarios para que tu hijo se volviera todo un políglota. Inglés-Español, Inglés-Italiano, Inglés-Francés, Inglés-Alemán, Inglés-Portugués. Lógicamente, los únicos libros usados, y poco, eran el de español y el de alemán. El resto de diccionarios conservaban intacto el retractilado que los protegía. Finalmente, quedaba el paragüero con cuatro bates de béisbol de madera en su interior. Y la moqueta granate, que se extendía en toda la estancia y que no permitía ver ni un ápice de parquet. Amanda, al ver a su hermano recorriendo con los ojos el suelo de su habitación, dijo:

—Aspiré la moqueta ayer por la noche, después de hablar contigo.

—No tenías por qué.

—No es nada, Bo. Es que estas moquetas son un martirio. Cuando entré ayer al cuarto casi no se podía respirar del polvo que había. También limpié un poco las superficies.

—Gracias...

—Ya te digo, no es nada.

Robert estaba mirando el póster de Madonna cuando su hermana volvió a hablarle, esta vez casi en susurros.

—Oye, Bo. ¿Estás bien?

Él se giró y la miró a los ojos. El entrecejo ligeramente fruncido y la expresión arrugada delataban su preocupación. Robert sonrió lo mejor que pudo.

—Amy, tranquila. Estoy bien.

—¿Quieres hablar de *ello*?

—Sí, quiero hablar.

—Pues...

—Cuando hablamos ayer por teléfono te prometí que te lo contaría con todo lujo de detalles.

—He estado muy preocupada por ti. Cuando me enteré de que te habían llevado a aquel lugar...

—Mientras estaba ingresado... me di cuenta de lo capullo que he sido todo este tiempo. Tú eres la única persona que siempre ha estado a mi lado pese a todo. También me di cuenta de que necesito explicarte todo desde el principio. Porque eres mi hermana mayor y porque creo que... mereces saber muchas cosas.

—Papá y mamá nunca me explicaron qué fue lo que ocurrió antes de tu marcha...

—Lo sé. Ellos eran como eran... Te prometí que te lo contaría todo, Amy. Pero hoy estoy un poco...

—Cansado...

—Sí. Y confuso. Superado por todo... Para explicarte todo lo que quiero explicarte, necesito organizar mis ideas. Si quieres... mañana... ¿Mañana tienes trabajo?

—No. Mañana me quedaré en casa contigo.

—Amy, si mañana tienes que trabajar... puedo esperar a la noche o...

—Mañana me quedo en casa. Ya lo he arreglado todo. No te preocupes.

—Pues mañana, entonces.

Amanda sonrió y, con lágrimas en los ojos, miró intensamente a su hermano.

—Hoy estaré con el ordenador, abajo. Cuando quieras comer algo, me avisas. Supongo que todavía te pierde la pizza...

—¡Sí, me sigue pirrando!

Entonces Robert abrió los brazos y abrazó a su hermana que, al sentir la presión y su calor, rompió a llorar y a sollozar, totalmente descompuesta. Robert la apretó un poco y le acarició la espalda.

—Tranquila...

—Te he echado de menos... no te imaginas lo que...

—Ya lo sé. Yo también, Amy.

Robert aún no se había despertado del todo de la siesta, una larga siesta negra y vacía que su cuerpo le había exigido hacía unas horas, cuando escuchó una voz proveniente de un rincón impreciso de su mente.

Robert...

Se le erizó el vello y su pulso se aceleró. En ese momento, ya lo sabía. Era la inconfundible voz de Wody. Y cuando la hubo reconocido, no pasaron más de cuatro o cinco segundos hasta que sus ponzoñosas palabras se materializaran de nuevo.

Qué casa tan bonita, anunció en un diabólico susurro.

—No, no... —Robert se revolvió entre las sábanas, pensando que quizá todavía estaba dormido y que aquello era una pesadilla.

Y Amanda es...

—P-para... —balbuceó él, confuso, aturdido.

...es una mujer preciosa.

La respiración de Robert se había tornado rápida e irregular. No lo había previsto, no estaba preparado, aquel ser lo había cogido absolutamente desprevenido. Pero ya era dema-

siado tarde; el temor había irrumpido en su cuerpo y paralizaba sus extremidades.

Wody emitió una especie de chasquido y luego creyó escuchar como si carraspeará su pútrida y mutilada garganta.

Sí... ella y yo... creo que nos haremos buenas amigas.

Había pasado un tiempo desde la última ocasión en la que Wody, o mejor dicho, la voz de Wody, lo había violentado. Ocurrió cuando llevaba ya varias semanas ingresado en el psiquiátrico. Aquella noche, mientras se esforzaba por dormir —sin mucho éxito, tal y como le sucedía allí más a menudo de lo que le hubiese gustado—, las palabras de Wody habían cobrado vida. No en su mente, sino como si ella estuviera realmente frente a él, en la misma habitación del hospital, acaso en el cabecero de la cama. Y Wody dijo desde la penumbra: *Cada noche deseas que me vaya para siempre. Pero siempre estaré contigo, Robert Svenson. En el fondo lo sabes.* Robert, aterrado, había encendido la lamparilla auxiliar de su habitación. Se había enderezado en la cama y, acto seguido, se había asomado a uno y otro lado del suelo, solo para comprobar que no había nada allí y que se encontraba absolutamente solo. En aquella ocasión, su voz se esfumó tan rápido como se había materializado. Y ya no volvió ni aquella noche ni las siguientes.

Durante su estadía forzosa en el psiquiátrico, la voz de Wody se había manifestado periódicamente. Después de todo el tormento que había vivido, sentir su voz era como recibir coletazos de un huracán o las repeticiones de un terremoto. Lo llamaba por su nombre, o profería alguna frase sin sentido, o se reía continua y maliciosamente cuando llegaba la hora de dormir. Empero, su presencia era lejana, casi etérea, y estaba bañada por unos inconfundibles tintes de irrealidad. Por esa razón, él había achacado aquellas voces a los efectos adversos del cóctel de antipsicóticos y demás porquerías que le administraban a diario, dos veces al día. Así que, al parar de escuchar a Wody en el hospital, se dijo a sí mismo que su cuerpo había comenzado a habituarse a la medicación y, por tanto, aquella alucinación auditiva había mitigado.

Robert Svenson...

Sin embargo, ahora había regresado cuando menos la esperaba. Y esta vez no podía atribuirlo a algún efecto causado por las pastillas. Esta vez Wody le hablaba alto y claro, directamente desde el interior de su cerebro.

Si no me das lo que quiero..., apuntaló ella, mutando y distorsionando su dicción, en la que se... colaban... gruñidos, chillidos animalescos y voces lejanas entremezcladas e incomprensibles *...la mataré y me revolcaré en su sangre...*

Robert sacudió la cabeza e hizo un considerable esfuerzo mental por ignorarla y, si era posible, deshacerse de su presencia.

—Joder... joder... —masculló, tirando de sus cabellos hasta sentir que, si seguía así, acabaría por arrancarse el cuero cabelludo. Pensó fugazmente que quizá si se infligía alguna clase de dolor físico, mientras deseaba que la voz desapareciera, podría vencerla de alguna manera.

Inmediatamente después, se sentó en el borde de la vieja cama y se quedó en esa posición unos instantes, centrándose en el objetivo que se había marcado. En una acción de puro instinto atávico, permaneció en silencio, tenso, temblando, atento a la aparición de cualquier sonido o suspiro que pudiera delatarla. Finalmente, logró poner su mente en blanco y depositó en ella el potente anhelo de que la alucinatoria presencia se esfumase.

Como si su deseo hubiera sido escuchado, la presencia de Wody se alejó lentamente hasta desaparecer por completo. Robert así lo sintió. No obstante, permaneció varios segundos en aquella misma postura hasta que logró restablecer su respiración y su pulso acelerado y se aseguró de que todo había vuelto a la normalidad. Entonces se dignó a salir apresuradamente de la cama. Emergió de su antigua habitación al pasillo. Al paso rápido que llevaba, apreció que las tablas de madera del suelo crujían con el peso de su andar, algo que no ocurría antaño; aquello era un signo inequívoco de que la casa comenzaba a envejecer.

Bajó veloz las escaleras. Su hermana trabajaba con el portátil en la mesa de comedor de la galería. Lo saludó.

—¿Has podido descansar?

—Un poco. Pero sigo agotado.

Robert ya había decidido que no le explicaría que en ocasiones aún veía y sentía cosas extrañas y que la medicación, lejos de hacer desaparecer las visiones, hacía el mismo efecto en su cuerpo que un terroncito de azúcar. Aunque primero tendría que explicarle qué diantres era Wody y qué había hecho, Robert se negaba a confesarle que aquella repugnante criatura seguía hablándole de tanto en tanto, buscando quizá la oportunidad perfecta para capturarlo, para dominarlo a él y a sus oxidadas manos de pianista.

—Es normal...

—Supongo... tengo un *jet lag* como si hubiera dado dos vueltas al mundo en avión.

—Mañana estarás mejor. Ya lo verás... ¡Ay! ¿Ya son las seis? Qué rápido pasa el tiempo. Llevo horas dándole vueltas a un proyecto y ni siquiera me he acordado de comer... ¿Tú tienes hambre? —preguntó Amanda, levantándose como un resorte de su asiento y cerrando con cuidado la tapa de la *laptop*—. Si quieres hacemos unas pizzas que tengo en el congelador. Me encantaría pedir las a domicilio, pero los repartidores de Quinault siguen sin querer venir... De todas formas, si no quieres pizza, también hay pollo, arroz, pasta... eh... *nuggets*...

—Pizza de congelador me va perfecto.

Aquella comida fue extraña. Robert y Amanda se sentaron en el sofá y comieron las pizzas mecánicamente. Ambos movían sus brazos arriba y abajo casi aleatoriamente mientras se metían trozos de comida en la boca como si buscasen un lugar mejor en el que depositarla que en el plato. Bastet ya pululaba por el interior de la casa; luego de intentar hacerse con un poco de pizza poniendo cara de pena, se quedó dormida hecha un ovillo en su cama. En la tele estaban transmitiendo un extraño aunque hipnótico *thriller* sueco en el que un *psycho killer* recreaba y daba pistas de sus crímenes a través de las plantas. La policía, desbordada por la oleada de muertes violentas en una ciudad fría y gris, comenzaba a

recibir paquetes con plantas de diversas clases. Esas pobres plantas contenían recreaciones tan exactas de los crímenes que a los oficiales no les quedaba otra opción que aceptar que todas las muertes estaban relacionadas y que se encontraban ante el rarísimo proceder de un asesino en serie. Robert y Amanda se miraban y se hacían muecas de tanto en tanto, sobre todo cuando había alguna escena especialmente explícita.

—Creo que el asesino es el señor Barry... —espetó Robert.

Amanda casi expulsa el zumo que estaba tomando justo en aquel mismo instante y tuvo que serenarse para poder tragar el líquido y reírse a carcajadas como era debido.

—Pobrecillo... —respondió ella cuando hubo recobrado el aliento.

El señor Barry era el único vecino que tenían en muchos kilómetros a la redonda. Vivía en el extremo opuesto del lago. Cuando los padres de Amanda y Robert construyeron la casa, Benjamin Barry ya llevaba años viviendo en la suya. Amanda siempre tuvo la teoría de que el señor Barry consideraba la casa de los Svenson como una inexcusable invasión a su territorio y a su entorno, y que no soportaba la idea de ver cada mañana, mientras se tomaba el café en su porche, una mancha pálida al otro lado del lago.

—¿Te acuerdas de que venía a casa cada vez que le ocurría algo raro?

—¿Cómo olvidarlo? Como cuando se quedó encerrado en su embarcadero y tuvo que tirarse al agua y salir buceando. Vino a casa rojo como un tomate y con el cabello aún mojado para acusarnos.

—O cuando se le quedó la camioneta sin gasolina y llegó a casa desde el bosque diciendo que le habíamos extraído todo el tanque aspirando por un tubo y poniéndolo en garrafas. Y encima quería entrar a nuestro garaje a corroborar su hipótesis...

—Recuerdo que papá le amenazó con denunciarlo si seguía acusándonos falsamente.

—Eso solo calaba en la cabeza del viejo Barry durante unos pocos meses. Luego se envalentonaba otra vez y volvía a tocar los cojones. Además, ¿te acuerdas de que siempre sabía cuándo no estaba papá para venir y encararse con mamá?

—Sí... ahora me da pena.

—Aunque algunas cosas sí que le hicimos...

—¿Al señor Barry? Tampoco tantas...

—Sí... algunas... y gordas...

—No como para que la cogiera así con nosotros.

—A ver... ¿por dónde empiezo? ¿Te acuerdas cuando nos escondimos detrás de unos matorrales y él estaba en su muelle? ¿Y yo cogí el tirachinas y le acerté un chinazo en pleno culo...?

—¡Es verdad...! Pobre hombre... Lo había olvidado. Y él dio un salto hacia delante y se cayó al agua...

—Ajá... y chillaba y chapoteaba y, aunque no nos veía, y nosotros ya corríamos por el bosque muriéndonos de risa, él nos llamaba y nos insultaba. O sea, en el fondo sabía que éramos nosotros. Luego ya empezó a obsesionarse.

—Es que eso que le hicimos fue horrible... a quién se le ocurre...

Mientras tanto, la película avanzaba y los agentes de policía comenzaban a recibir más plantas que casos de asesinato había en la ciudad. Todos se preguntaban si aquellas plantas eran asesinatos ya consumados, asesinatos aún sin cometer o si, sencillamente, el asesino estaba jugando y tomándose el pelo. Eso y las filtraciones a la prensa provocaron un ambiente de histeria colectiva en todo el cuerpo de investigación criminal. El inspector encargado del caso había contratado a un botánico experimentado para desentrañar el significado y la simbología de dichas plantas y, a través de ellas, y ayudado por una psiquiatra y un psicólogo, trazar un perfil psicológico e intentar identificar al asesino.

— ¿Y el señor Barry sigue vivo?

—Sí. Pero está muy mayor. Hace tiempo que no lo veo. Ahora vive con un cuidador. O dos... no sé. Creo que hay uno que está los días de cada día y luego viene una chica los fines de semana.

Al terminar la película, Amanda se desperezó y se levantó del sofá mientras estiraba su cuerpo como un gato. Estiró el brazo con el mando en la mano, apuntando al televisor, pero se giró hacia su hermano antes de apagarlo.

—¿Quieres seguir viendo la tele? Yo aún tengo que enviar unos *emails* y seguir un poco con el proyecto.

—Si no te molesta, tocaré un poco el piano.

—¡Claro! ¡No me molesta en absoluto!

Después de que el televisor se sumiera en la penumbra, Robert se levantó y atravesó la casa hasta llegar a la galería donde ahora reposaba el piano. Se acercó y pasó su mano acariciando la superficie oscura y lisa, que reflejaba la tenue luz de una lámpara y las formas de su mano y del techo y de la ventana de la galería. Aquel piano siempre le había parecido una suerte de espejo hacia el terrible mundo de las sombras.

Observando el oscuro espejo que era su superficie pensó en aquella historia de ficción que había imaginado un día, hacía muchísimos años. En ella, había un hombre que era pianista y que tocaba en un restaurante del barrio *gay* de una gran ciudad. En aquel lugar conocía a muchos hombres que habían quedado obnubilados por su destreza. Él, en algún momento de la noche, les proponía que lo acompañaran a su casa donde recibirían un recital privado, a lo cual la mayoría de hombres accedía. Una vez en su casa, este abría la tapa del piano, un piano de cola negro, liso y brillante —muy parecido al Baldwin de su padre...— y les decía a sus invitados «mírate en el reflejo de la tapa del piano mientras toco para ti». Y ellos, pensando que se trataba de algún tipo de juego sexual, obedecían. Entonces el piano, que realmente no era un piano, engullía y devoraba a las víctimas y las condenaba al eterno abismo que se ocultaba tras aquella superficie lisa, oscura y de apariencia inocente. Robert era consciente de que se había construido aquella historia con el único fin de darle una explicación razonable a una suerte de fobia que lo perseguía desde entonces.

La canción que tocaba el hombre de su historia existía. Robert la había incrustado en ese relato y en esa diégesis

como quien encajaba el último cubo de un Lego o la última tuerca de un Meccano, que daba sentido al conjunto. Aquella pieza musical no pertenecía a ningún compositor ni la había escuchado jamás en ningún concierto o grabación, pese a ser hijo de un pianista profesional y haber escuchado miles de reproducciones de todo tipo de música a lo largo de la vida. Se trataba de una suerte de preludio que tenía un marcado ostinato y que giraba en torno a cuatro simples acordes. Era una pieza suave y hermosa que, sin embargo, Robert ni siquiera había tenido el valor de intentar tocar, de exteriorizarla en el piano de su padre. Lo que más miedo le daba era que la melodía vivía en su cabeza, virgen, inédita, pero totalmente acabada y pulida, y, cuando menos lo esperaba, como si se diera al *play* en un dispositivo reproductor, los acordes comenzaban a danzar a sus anchas por su consciencia, irrefrenables, sofocantes. Como cuando un éxito de la radio se te pega y resuena en tu mente durante semanas... pero mucho peor. Porque en esa melodía había algo insondable, algo siniestro...

Aún no... espérame, Robert Svenson... ya voy..., escuchó que decía el eco de una horrenda voz, que quizá nacía del interior del piano, cuya tapa aún permanecía cerrada.

Robert dio un respingo.

Eso parecía ser lo único que Wody quería. La *Canción maldita*, como él la llamaba en secreto. Repentinamente, se sintió impotente y desanimado.

Parecía que Wody se había marchado y que ahora solo quedaban vestigios de su intromisión. Como las sombras, como los ruidos y la sensación de sentirse permanentemente observado. Pero era, sobre todo, la voz, su infecta voz... que lo llamaba, que irrumpía en su pensamiento, como un parásito, que tomaba forma ante él, como cuando se generan aquellos pequeños y efímeros remolinos de hojarasca y polvo, justo antes de las tormentas, cuando el viento está inquieto y amenazante. Su voz, una voz terrible, que incluso en ocasiones alcanzaba el tono difónico, y que solo él

podía oír: «Cada noche deseas que me vaya para siempre. Pero siempre estaré contigo, Robert Svenson. En el fondo lo sabes».

¿Cómo explicarle semejante historia a su hermana?, se preguntó Robert. Era una estupidez. No sabía cómo había sido tan insensato y le había prometido hablarle de esas cosas: de Wody, de lo que realmente había ocurrido cuando él se marchó de casa. El asunto de su pequeño oficio de adolescencia, hackeador semiprofesional de cuentas corrientes y de crédito, que finalmente lo condujo al Tribunal de Menores y a una condena justa pero humillante por parte del Estado de Washington. Si le explicaba todo aquello, tendría que hablarle forzosamente de lo que le había hecho a su exmarido cuando éste la había abandonado después de que ambos hubieran perdido a su hijita Heather a causa un terrible cáncer.

Pero, por encima de todo, no sabía cómo diantres hablarle de Wody. De su monstruoso aspecto, de la invasión de su piso, de lo que estaba pidiéndole que hiciera. *Tocarás la maldita pieza, había dicho aquel ser, cuando sea el momento. No podrás hacer nada. Y después de eso te mataré... os mataré a todos.*

Un súbito miedo lo dominó. Robert había llegado a admitir que, siempre que pensara en Wody, cabía la posibilidad de que la pútrida criatura se materializase ante sus ojos y que todo lo que había vivido los últimos meses de su vida retornase incontenible, haciendo que la tuerca del tormento comenzara nuevamente a girar y a dar otra vuelta más.

...Y la *Canción maldita* sonando como el *soundtrack* de su pesadilla. Hermosa y al tiempo incesante y atroz...

Sacudió levemente su cabeza y decidió que era mejor olvidarse de aquello por el momento, que suficiente tenía con tener que explicarle todo a su hermana la mañana siguiente.

Una vez hubo desechado aquella historia y la *Canción maldita* de su cabeza, Robert se sentó en la banqueta. Había estado a punto de dar media vuelta y caminar en dirección opuesta,

y encontrar alguna otra cosa en qué ocupar su tiempo. Pero se dijo a sí mismo: *Robert, no seas gallina. Ella ya no está. Y tocando el piano demostrarás que no tiene poder sobre ti.*

Enseguida abrió la tapa del teclado y, por primera vez en muchos años, lo invadió aquel aroma, un aroma que quien no esté familiarizado con los pianos no podrá entender totalmente. Aquel aroma era el aroma de la madera y el barniz y los tejidos y el pegamento y el metal que conformaban las teclas, el aroma del clavijero, las cuerdas, los pedales y toda la estructura y las entrañas del piano. Un aroma múltiple, complejo y extremadamente difícil de describir y que no importa cuán viejo sea el piano, ya que perdura a través del tiempo, y se comporta como un lazo invisible que envuelve al pianista y lo conecta espiritualmente a su instrumento. Pedidle a un pianista que describa el aroma de su piano, la esencia que desprende; puede que lo exprese con diferentes palabras, pero os transmitirá un sentir que es universal.

Robert quitó el mantel de fieltro color jaspe del teclado. Respiró profundamente y colocó sus manos en las frías teclas.

Primero tocó el acorde de Do mayor en una octava. Después hizo un arpeggio ascendente del mismo tono, recorriendo todas y cada una de las octavas del teclado. El Sol de la última octava le sonó ligeramente desafinado. Entonces tocó todas las escalas mayores y menores desde el Do hasta el Si, haciendo hincapié en alguna de las teclas, y repitiendo acordes de dicha escala, mayores o menores, para comprobar si las notas se habían desafinado durante los últimos años. Descubrió que había al menos veintiséis notas desafinadas, varias de ellas muy desafinadas: especialmente alguna de las tres cuerdas que conformaban el Sol de la última octava y el La sostenido de la penúltima, que estaban prácticamente un semitono desafinadas, así que el acorde de Sol menor entre aquellas dos octavas sonaba terrible. Se dijo a sí mismo que en esos días sacaría un tiempo para afinar el piano con las herramientas y con el afinador cromático de su padre. Se trataba de una labor extremadamente tediosa, pero inelu-

dible para un instrumento que había pasado tantos años sin siquiera tocarse.

Después de hacer escalas y arpeggios, calentó los dedos con algunos Czerny y otros ejercicios de Schumann que recordaba de su época de iniciación, cuando tenía cinco o seis años. Luego se sintió preparado para tocar algo de verdad, así que comenzó a practicar el primer movimiento de *Los adioses*, de Beethoven. Al principio iba todo bien, pero cuando había el cambio de ritmo y comenzaba el fragmento más expresivo Robert se equivocaba una y otra vez; su muñeca, sus articulaciones, sus dedos, en aquellos años se habían atrofiado sin que se diera cuenta de ello. Después de estar atascado especialmente en un fragmento de tres o cuatro compases, decidió darle la oportunidad a otra obra que le vino a la mente y que creía recordar de memoria. Entonces ejecutó bastante bien la *Elegía de Morceaux de Fantaisie*, de Rashmaninov, notoriamente más sencilla que la composición de Beethoven. Cuando acabó de tocarla, sus pulmones se inflaron como nunca y retuvieron el aire durante unos instantes antes de soltar una sonora exhalación cuyo aire llevaba retenidos muchos recuerdos, muchos sentimientos que ahora marchaban de su cuerpo y que se disipaban en el aire de la casa y regresaban al lugar donde habían nacido. Luego siguió con otra del mismo conjunto de *Morceaux*, el *Preludio en Do sostenido menor*. Él pensaba que la había olvidado, pero los tres acordes del principio, que se repiten obstinadamente en toda la pieza, sirvieron como un interruptor e hicieron que la melodía fuera surgiendo automáticamente en sus dedos, como si no hubiera pasado ni un día desde que la había practicado por última vez. De esos tres acordes, pasó a la exposición del tema principal. La primera parte le salió a la primera. Tuvo algunos problemas con el *agitato* y la hilera de tresillos cromáticos. Se vio obligado a repetir la sección varias veces. En un momento de silencio, justo después de equivocarse estrepitosamente, recordó cuando tenía trece años y su padre le estaba enseñando la pieza. Le explicaba el padre que la forma más efectiva de aprender la obra completa era separar la música en elementos más

pequeños y perfeccionar fragmento a fragmento para luego amalgamarlos gradualmente. Comenzaron tocando los acordes omitiendo la voz media y practicándolos como octavas, cada mano por separado. Luego tocaron con las dos manos para empezar a darle una sensación polifónica a la pieza. Después, agregaron los acordes completos en la mano derecha mientras que con la izquierda mantenía las octavas. Y luego a la inversa; tocaba los acordes completos con la izquierda, manteniendo las octavas con la derecha. En los fragmentos complicados, la práctica consistía en tocar la melodía y los acordes omitiendo las notas graves tonales, que en la partitura su padre le había marcado con un bolígrafo rojo, para luego añadirlas una vez se hubiera aprendido los compases. Robert se acordó de que en el *agitato* su padre le había enseñado que practicara primero los tresillos agrupados en acordes y que luego les añadiera el ritmo y la cualidad de tresillo, variando la articulación y combinando los acordes en diferentes formas, siempre comenzando con un tiempo bastante por debajo del indicado y ascendiendo progresivamente. Finalmente, le hacía practicar la voz superior de los tresillos, golpeando los primeros con fuerza y manteniéndolos con el pedal y dando un toque suave y rápido a los últimos. También le decía a Robert que experimentara sus propias variaciones y las utilizara en toda la sección *agitato*, ya que aquella era la parte de la pieza en la que se podía dar un toque personal, aunque también le decía que estaba bien saber la sección tal y como estaba escrita en la partitura. Tocó con mucha dificultad el *agitato* y luego tuvo más éxito con la sección del *martellato*, que también había ensayado hasta el vértigo, pero de la cual no había tenido que hacer tantas variaciones mientras la aprendía. Cuando llegó al *fortissimo* de la sección *tempo primo* se separó ligeramente del piano, enderezó el tronco, equilibró su centro de gravedad. Su padre decía que la clave era golpear las teclas con fuerza en los brazos y en los dedos y con la espalda recta pero flexible. Finalmente, tocó la hermosa coda que extingue poco a poco la pieza hasta que acaba y reina el silencio. Sentía entumecidos los dedos y las manos, pero pudo tocar otra obra más

que vino a su memoria. El *Chopin del Carnaval* de Schumann, una pieza sencilla que, no obstante, ya le costó coordinar con sus dedos.

Y finalmente, intentó tocar la *Rapsodia en Sol menor*, de Brahms, pero se detuvo al octavo o noveno compás, porque ni se acordaba del resto ni tenía fuerzas para continuar.

Después de masajear y estirar ligeramente sus manos, puso el fieltro nuevamente sobre el teclado y cerró la tapa del Baldwin de su padre.

—Vaya... ¿Y cuánto tiempo dices que llevabas sin tocar? —preguntó Amanda desde la mesa empotrada de la cocina sin levantar la mirada de su ordenador.

—Desde que viví en Nueva Rochelle...

—Pues... sonaba muy bien.

—Eres muy benévola. Habrás escuchado minutos y minutos de bucles.

—En general ha sonado bien, Bo.

—En general tengo las manos entumecidas, Amy. Seguro que mañana me saldrán agujetas.

—Mete las manos unos minutos en el grifo con agua fría, luego caliente y luego de nuevo fría. Verás que notas alivio.

—¿Tienes agujetas en las manos muy a menudo?

Amanda miró a Robert y puso los ojos en blanco. Su hermano se acomodó en la silla contigua después de servirse un vaso de agua del dispensador de la nevera.

—Soy diseñadora de interiores. Pero también soy de las que se pone a romper paredes, a taladrar y a cargar muebles si hace falta.

—Sí... lo de romper paredes me suena...

Amanda miró enfadada a su hermano, pero luego en su cara se dibujó una sonrisa cómplice.

—Oye, Amy...

—¿Mmm?

—¿Sabes dónde está el kit de afinar el piano de papá?

—Ostras, Bo. Qué preguntas haces... y a qué horas... déjame pensar... creo... que está en el garaje, en el tercer cajón

del mueble rojo. No... en el tercero no... seguro que está en el último cajón de abajo. Hace unas semanas estaba buscando la cinta métrica grande y me puse a revisar todo y allí estaba. Es una cajita de madera con bordes metálicos, ¿no?

—Sí.

—Entonces está allí. En el último cajón del mueble rojo.

—¿Está también el afinador cromático?

—¿El qué?

—El afinador cromático. El... aparatito que tenía para ayudarse.

—No recuerdo. Supongo que debe de estar todo junto. ¿No está en la caja marrón?

—No. El afinador venía en una caja aparte. Traía más accesorios.

—No lo sé, Bo... supongo que debe de estar allí.

—Vale.

—¿Estás pensando afinar el piano?

—Sí. Quizá lo haga uno de estos días.

—¿Está desafinado? —preguntó ella con expresión enigmática.

—Sí. Mucho.

—A mí desde aquí me sonaba perfecto.

—Está bastante desafinado... Quizá se desafinó al moverlo de sitio...

—¿Al moverlo? Pero si lo hicimos con mucho cuidado...

—No es por el movimiento. Lo digo por la luz; en la galería ahora le toca mucho más la luz, quizá hasta algún rayo de sol. No sé. Puede que por eso se desafinase. O simplemente fue por el paso del tiempo.

—Recuerdo que papá se pasaba un día entero afinándolo. Aquellos días ni comía con nosotros. ¿Te acuerdas? Afinar el piano era como un ritual para él... Creo que ese piano era su hijo favorito...

—Yo también lo creo...

Robert se levantó y volvió a llenar el vaso.

—¿Te falta mucho para ir a dormir?

—No... quizá diez o quince minutos. Acabo de guardar los archivos y cierro el programa. ¿Tú te vas ya?

—Sí. Sigo cansado. Creo que es mejor que duerma.

—Y...

—¿Qué?

—¿Te has tomado la... medicación?

Robert sonrió condescendentemente. Levantó la mano que tenía el vaso de agua relleno. Amanda lo miraba con vergüenza.

—Para eso me llevo el agua. Tengo tres pastillas. Dos de ellas me las tomo por la noche y una por la mañana y por la noche.